

Vejez y nuevas necesidades sociales en extremadura, ante el siglo XXI¹

© Artemio Baigorri
Universidad de Extremadura

1. ¿MAYORES, O VIEJOS?

A la hora de enfrentarnos a la cuestión sobre la que se solicita nuestra opinión debemos hacer dos puntualizaciones previas. A la primera nos obliga la honestidad sin adjetivos, y tiene relación con la profundidad que puede tener nuestro trabajo: yo no soy experto en este tema. Es cierto, como nos cansamos de comprobar, que los sociólogos bien valemos para un roto que para un descosido; por otra parte, mi formación y sobre todo mi experiencia todo-terreno me permite quizás acercarme a la cuestión con mejor base que otros colegas, por cuanto he realizado análisis demográficos, sobre la evolución de la institución familiar y otros fenómenos o problemas sociales relacionados con la vejez. Pero no he tenido ocasión de realizar ninguna investigación monográfica sobre la cuestión, menos aún a nivel regional². A la segunda nos obliga la honestidad epistemológica, y hace referencia a la propia denominación de la temática a la que nos enfrentamos. Observarán, al ver el documento impreso, que en el título he hablado de *vejez*, y no de *mayores*, pues me resisto a utilizar términos eufemísticos que, en mi opinión, sólo sirven para confundirnos. Veamos por qué.

La palabra *viejo* tiene, ciertamente, un campo semántico relativamente amplio, que puede prestarse a ciertas confusiones. Sabido es que, referida a las cosas, viene a ser a menudo (aunque no siempre) sinónimo de inservible. Pero, cuando nos referimos a seres vivos, plantas o animales, utilizamos sin rubor los calificativos de *joven* o *viejo*, y sabemos muy bien a qué nos referimos: un árbol, un perro, son viejos cuando han superado la mayor parte de su ciclo vital, con independencia de que sigan siendo o no útiles. Hay quien, por supuesto, cuando alcanza esa percepción, tala el árbol, o ahorca al perro, pero ese es un problema sensiblemente distinto, que no tiene nada que ver con la terminología. Para los investigadores sociales se trata de un problema metodológico. Debemos saber que todos nos referimos al mismo orden de cosas cuando pretendemos hablar de lo mismo.

¹ Ponencia en la Escuela de Administración Pública de Extremadura. Mérida, 29 de noviembre de 1999

² Para ser exactos, tuve ocasión de estudiar con cierta profundidad el tema del envejecimiento en un excelente curso de doctorado, con la profesora Rosa Gómez Redondo, de la UNED; asimismo, a principios de los '90 realicé una prospección bastante superficial, por encargo de una empresa interesada en invertir en residencias para la tercera edad, sobre las tendencias de envejecimiento en Extremadura. Es todo mi arsenal de especialización en este tema.

Por razones nunca muy bien explicitadas, hace algo menos de dos décadas que algunas personas empezaron a utilizar eufemismos para referirse a los viejos, como *población de edad avanzada*, *tercera edad*, y más recientemente, *mayores*³. Sin embargo, esas denominaciones no han hecho sino introducir confusión. Incluso el término *tercera edad*, que es el que parecía durante bastante tiempo bastante ajustado, ha entrado en crisis cuando ha empezado a hablarse de una *cuarta edad*, referida al periodo en el que los viejos dejan de valerse por sí mismos. Pero es que los otros son sin duda mucho más confusos. El de *población de edad avanzada* podría asimilarse tal vez, pero en modo alguno resuelve el relativismo (¿cuánta edad es una *edad avanzada*?), y también se presta a confusión (¿avanzada, para qué?). De hecho, se habla a veces de niños y niñas de edad avanzada para referirnos a aquellas que han desarrollado más rápidamente que sus compañeras. O de jóvenes de edad avanzada para referirnos a aquéllos que están en el umbral de la madurez.

En cuanto a la denominación *mayores*, que en los últimos se extiende como la pólvora entre los trabajadores sociales, y a su través está llegando a la política y a la investigación, me parece de lejos la más confusa, y en consecuencia la más inadecuada. ¿Qué es *un mayor*?. Siempre hemos entendido que *una persona mayor* es una persona adulta, o al menos una persona que ha sobrepasado la *mayoría de edad* legal. A partir de este punto, ¿cómo de mayor es una persona?. Por supuesto que, a partir de una determina edad, en que empezamos a envejecer, uno puede ser más o menos viejo. Pero el ámbito temporal del *más o menos viejo* es mucho más reducido, y desde luego en ningún caso cabe dudar de que hace referencia a fenómenos de envejecimiento, que el ámbito del *más o menos mayor*, cuyo relativismo en absoluto: cuando mi hijo de ocho años pide que se autorice a hacer algo utilizando como argumento que a su hermana de trece años le dejamos hacerlo, nuestro contra-argumento es que su hermana es *mayor*.

Hay razones también razones operativas en el marco de la investigación social. Al trabajar con pirámides de población, hablamos de *tasas de envejecimiento*; a nadie se le ha ocurrido confundir a los colegas hablando de *tasas de terciarización*, porque podría confundirse con el proceso de extensión del sector servicios; o de *tasas de mayorización*, que todavía se prestaría a confusiones mayores. Si utilizamos el adverbio envejecimiento, como referido a la acción de envejecer, es incomprensible que el resultado de ese proceso sea el de *ser mayor*, o

³ Hace un par de años encontré casualmente, en una librería de Nueva York, un librito maravilloso que recomiendo a quienes deseen percibir hasta dónde puede llevarnos la estupidez del denominado *lenguaje política correcto*. Se trata de *Historias del Antiguo Testamento políticamente correctas* (Robert Martin Walker, *Politically Correct Old Testament Stories*, Andrews and McMeel, Kansas City, 1997), y en él se habla de *la concesión de las identidades de género* para referirse a la creación del hombre y la mujer, del *original mal paso* para referirse al pecado original, de *Moisés y el compañero orgánico ardiente* para referirse a la llama, de *Jonás y el mamífero de tamaño diferente* para referirse a la ballena, de *las diez sugerencias* en lugar de los diez mandamientos, y así... No hace falta ser creyente para disfrutar de un texto que lamentablemente no se ha traducido al español. Pero la expresión más grandiosa, el cénit en el lenguaje políticamente correcto, se ha alcanzado sin duda con el juicio relacionado con los debaneos sexuales del presidente Clinton.

pertenecer a la tercera edad, en lugar de el de ser viejo.

Naturalmente, vivimos en una sociedad que tiende a ocultar lo desagradable, pero sobre todo que tiende a disfrazar con cinismo, más que con hipocresía, sus injusticias. Cuando una sociedad llega a ser consciente de que trata mal a sus campesinos, pero no piensa seriamente en remediarlo, empieza a llamarlos agricultores y termina refiriéndose a ellos como empresarios agrarios. Cuando llega a ser consciente de que trata mal a los negros, empieza a llamarlos personas de color. Y cuando alcanza la conciencia de que no trata bien a sus viejos, empieza a llamarlos mayores. Las cosas son así.

Por todo ello, en mi exposición hablaré fundamentalmente de viejos, y de vejez, por más que en ocasiones seguramente yo mismo me dejaré llevar por algún eufemismo.

2. ¿QUÉ SE CONSIDERA VIEJO?

Pero, ¿en quién estamos pensando exactamente cuando hablamos de *viejos*? Sin duda, en lo que en medicina se denomina *senectud*, y que se caracteriza por un conjunto de procesos concurrentes, que se resumen en una disminución de la capacidad física, y un incremento de la vulnerabilidad a la enfermedad. Que no es lo mismo, obviamente, que *senilidad*, que se refiere a la pérdida de facultades mentales como consecuencia de determinadas enfermedades.

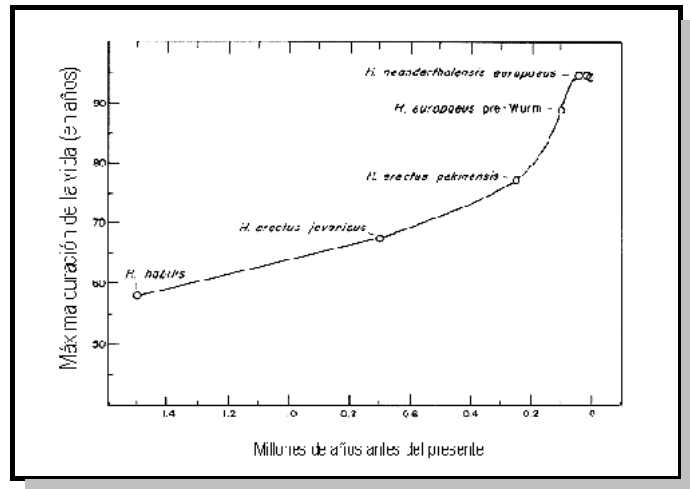
Pero la *senectud* es relativa, y hoy sabemos que no se corresponde de forma automática con la edad. Las teorías biológicas más aceptadas hablan de la existencia de una especie de reloj genético interno, que determina en qué momento comienza la *senectud*, desencadenando una serie de cambios intracelulares, relacionados con: la capacidad de duplicación de las células, aberraciones cromosómicas, acumulación de restos metabólicos y lo que algunos biólogos ya denominan errores en la programación, cambios endocrinos provocados por los cambios programados en el sistema nervioso central... En suma, la máquina empieza a fallar, pero eso es algo que siempre hemos sabido: que los organismos vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren. ¿Qué sentido tiene, y sobre todo qué interés, hablar de relojes biológicos o genéticos?. Es muy importante, porque estamos en la sociedad de la obsolescencia planificada⁴; algo que podemos entender en un sentido crítico, como hicimos los ecologistas hace más de dos décadas, o podemos hacerlo en sentido creativo, en la medida en que tenemos la capacidad de ampliar o reducir, a voluntad, la durabilidad de las manufacturas. En este sentido, el paradigma del reloj genético significa que, en la medida en que avancemos en el conocimiento del material genético humano, seremos capaces de llegar a modificar su programación. Ahora mismo investiga

⁴ Uno de los primeros y más finos trabajos sobre la cuestión: Jean-Paul Ceron, Jean Baillon, *La sociedad de lo efímero*, IEAL, Madrid, 1980

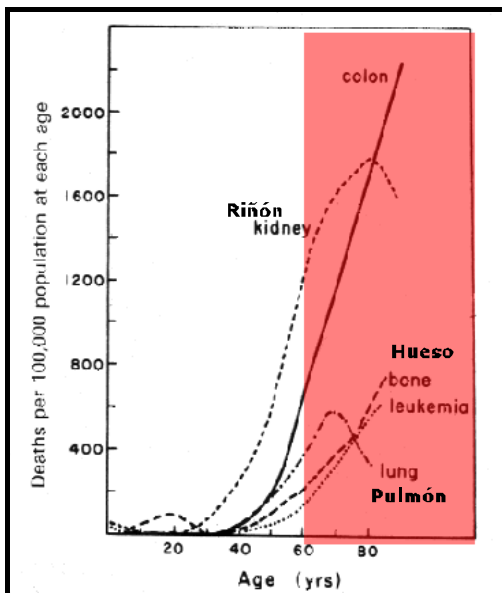
en esta dirección, y hay quien se atreve a barajar la hipótesis, a un plazo de quince o veinte años, de la *programación* de vidas que duren hasta 140 años.

No debemos admirarnos demasiado. Entre el Homo Habilis, que vivió hace 1,5 millones de años, y el Homo Erectus Pekinensis, que vivió hace unos 200.000 años, la esperanza máxima de vida se ha calculado que pasó de menos de 60 años a algo menos de 80.

Es decir, se necesitaron 1,2 millones de años de evolución para obtener un incremento de veinte años en la vida que un hombre podía llegar a vivir. El siguiente salto se produjo con el Hombre de Neanderthal: en menos de 0,2 millones de años se obtuvo un nuevo incremento de veinte años. Pero es que en los últimos cincuenta mil años hemos conseguido un nuevo incremento, mucho mayor. En la actualidad la cantidad de años que una persona puede llegar a vivir como máximo oscila entre los 115 y los 125⁵ (más adelante haremos referencia a la esperanza de vida, que es un indicador distinto). ¿En qué momento seremos conscientes de que se ha producido un nuevo salto?.



Por supuesto, tenemos indicadores que nos muestran que la frecuencia de aparición de la principal causa de la mortalidad en los países desarrollados, el cáncer, guarda una estrecha correlación con la edad, como se muestra en el siguiente gráfico, que aunque corresponde a los Estados Unidos puede servirnos de referencia.



Pero a la vez, esos datos nos muestran que, superado un determinado umbral de senectud, las tasas de cáncer, y sobre todo de cánceres con pronóstico de muerte, descienden.

Del mismo modo, observamos cómo de hecho a partir de los 40 años empiezan a hacer su aparición, de forma significativa,

⁵ Datos y gráfico tomados de R.G. Cutler, 'Evolutionary perspective of Human Longevity', en Andres, et. al., *Principles of Geriatric Medicine*, McGraw Hill Information Services Co, 1985

este tipo de dolencias. Por otra parte, los hábitos de vida ultrasedentarios, los hábitos alimenticios, el efecto de drogas (legales o ilegales) y otro tipo de productos tóxicos, promueven un estado general en muchas personas, a partir de esa edad, que bien podemos asimilar a la senectud, pues se reduce ostensiblemente la capacidad física y aumenta la vulnerabilidad frente a la enfermedad. Si descontamos ciertos achaques mecánicos, me atrevería a lanzar la hipótesis de que la capacidad física de aquellas personas de mi generación que no han seguido la senda del culto al cuerpo es inferior a la de los supervivientes de la generación de nuestros padres, que han pasado la *selectividad* de una guerra, una posguerra y una vida de intenso trabajo físico.

Por supuesto, el envejecimiento biológico no guarda necesariamente una correlación con el envejecimiento psicológico, y desde luego no con el envejecimiento como hecho social. La edad, tal y como la concebimos, es una construcción social, y como tal su significación se construye, y reconstruye, en función de categorías sociales y no simplemente biológicas. Si a una persona la definimos como vieja, la trataremos como a tal con independencia de cómo se sienta ella. El hecho de que los sistemas públicos de seguridad social, que se establecieron en los países desarrollados a partir de los años '30, fijasen en general la edad de jubilación en los 65 años ha determinado que el desarrollo de políticas sociales dirigidas a los viejos se haya ajustado también a ese límite en lo sucesivo. Por lo demás, esos hechos han permitido disponer de unas fuentes de información específicas para esa población, lo que ha facilitado que la investigación social haya asimilado también el mismo hito. En suma, consideramos como población vieja, frente a la población joven o adulta, a la que ha cumplido 65 o más años. Pero eso puede cambiar en cualquier momento, si (como veremos más adelante) las sociedades occidentales terminan retrasando la edad de jubilación.

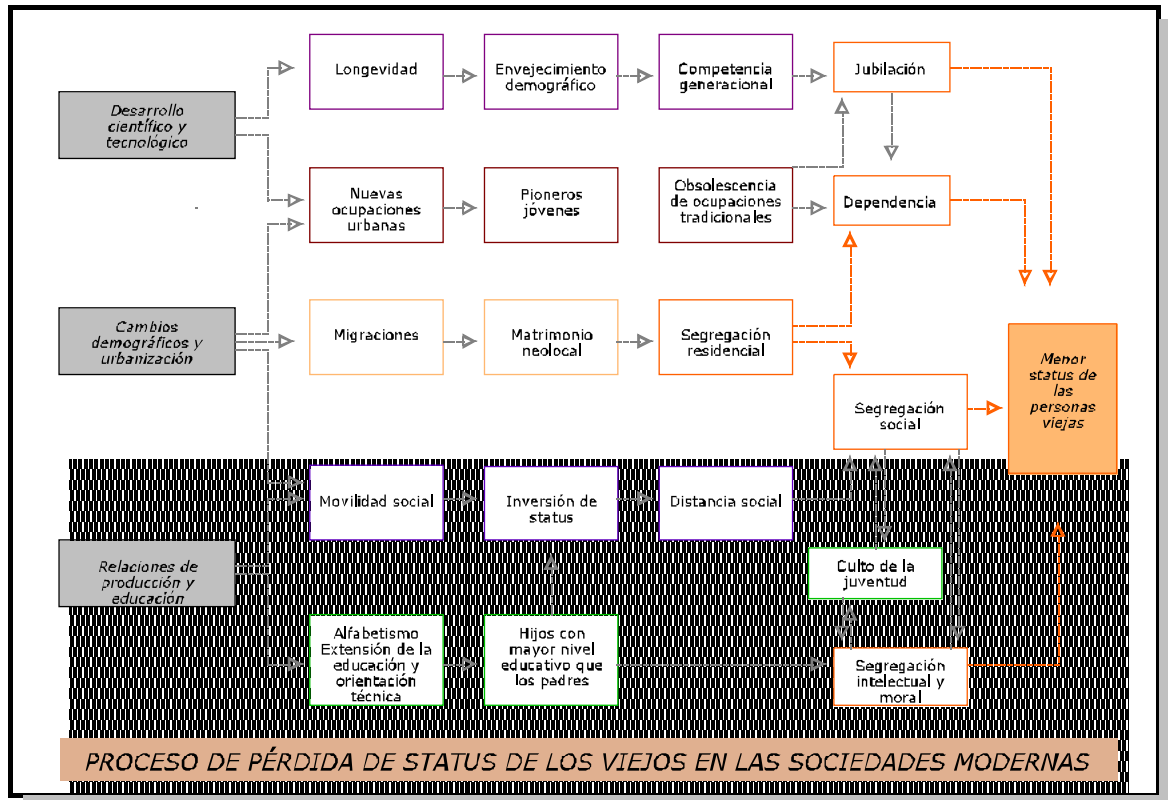
Por otra parte, todas las sociedades cuentan con un sistema de estratificación por edad, o lo que es igual, de asignación de papeles y status sociales sobre la base de la edad⁶ y ésta es justamente la clave de la cuestión. En las sociedades occidentales desarrolladas, la jubilación se instituye en rito de tránsito hacia esos nuevos papeles. Concretamente, en la sociedad industrial que estamos abandonando, el status social de los viejos se ha diferenciado sensiblemente del que los caracterizaba en las sociedades agrícolas tradicionales. El modelo causal cuyo esquema se recoge en la página siguiente pretende explicar dicha transformación⁷, a partir de algunos de los elementos esenciales de la modernización: cambios tecnológicos, en la economía, en la educación y en la urbanización.

Sin embargo, esos mismos procesos que a lo largo de casi un siglo, desde mediados del XIX hasta el último cuarto del siglo XX, han determinado la posición

⁶ John R. Weeks, *Sociología de la población*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, pag. 375

⁷ Adaptado de Donald Cowgill, 'Aging and modernization: a revision of the theory', en J.Gubrium, ed., *Late Life. Communities and Environmental Policy*, Ed. Charles C. Thomas, Springfield

de la población vieja, están modificándose a su vez en algunos aspectos. En otro punto nos referiremos a ello.



Por ahora, baste dejar constancia, tras lo expuesto, de la importancia de detectar qué tipo de personas considera viejas la sociedad emergente, con el fin de poder definir operativamente qué público va a ser el sujeto de atención de las políticas de vejez. Es importante que tengamos muy claro, cuando se trata de diseñar y desarrollar programas sociales dirigidos a los viejos, a qué tipo de personas incluimos en ese paquete.

3. TENDENCIAS DEMOGRÁFICAS Y SOCIALES EN LA SOCIEDAD INFORMACIONAL

En una sesión tan breve no podemos extendernos en las actuales tendencias demográficas, y en las tendencias sociales con las que están correlacionadas. Sin embargo, debemos esbozar siquiera algunos apuntes que nos ayuden a calibrar la entidad del tema que nos ocupa. Naturalmente, nos centraremos en aquellas tendencias que guardan relación directa con la vejez⁸.

En lo que se refiere a la demografía, asistimos en las últimas décadas a cinco

⁸ Puede verse A. Baigorri, *Transformaciones demográficas, familia y realidad social en España*, Página de Sociología, <http://www.unex.es/sociolog/BAIGORRI/papers/familia1.htm>, 1998

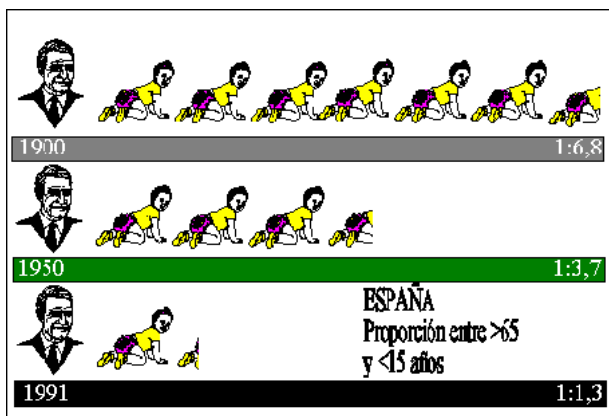
fenómenos esenciales, no todos ellos completamente nuevos, pero en todo caso bastante estrechamente interrelacionados. En primer lugar, y es la cuestión que en mayor medida debemos tener en cuenta al analizar la vejez, el **incremento de la esperanza media de vida al nacer**, estrechamente relacionado con el descenso de las tasas de mortalidad, ha pasado de algo menos de 40 años a principios del siglo XX, a más de 77 años en la actualidad, siendo la tasa española una de las más altas del mundo⁹. Pero además se ha dado una singular variación a lo largo del siglo; mientras que antiguamente la esperanza de vida de hombres y mujeres era similar, se ha venido dando un progresivo alejamiento de sus respectivas tasas, de forma que para los hombres era en 1991 de 73,3 años, mientras que para las mujeres se levaba a 80,5. Es decir, asistimos a una intensa **feminización de la vejez**.

El segundo elemento determinante (el más importante para algunos autores) es el **descenso de la natalidad**. Frente a los casi 34 niños que nacían por cada mil habitantes a principios de siglo, la cifra se ha reducido a menos de 10. De forma que en la actualidad el promedio de hijos por mujer (tasa de fecundidad) está en España, en los umbrales del siglo XXI, por debajo de 1,3. Es decir, no nacen niños suficientes para reemplazar a la población existente¹⁰.

El tercer elemento es consecuencia de los dos anteriores: el **envejecimiento de la población** depende de la caída combinada de natalidad y mortalidad. En la medida en que nacen menos niños, y las personas vivimos durante más tiempo, el peso relativo de la población vieja se dispara. En 1900 tan sólo el 5% de la población tenía 65 o más años; en 1991 suponían un 14%; las proyecciones demográficas que se han hecho nos muestran que, aún cuando se llegase a

recuperar una tasa de fecundidad de 1,5 hijos por mujer, la proporción de mayores de 65 sobrepasará el 16% en el año 2.010, y será de más del 22% en el 2.030, un horizonte no demasiado lejano para la planificación.

Pero, en la medida en que hemos visto que la duración media de la vida sigue ampliándose, es importante señalar que se incrementa notable-



⁹ No hay todavía explicaciones suficientes que expliquen la longevidad de la población española. Entre los demógrafos ni siquiera hay acuerdo sobre si se trata de un fenómeno coyuntural, o responde a factores socio-culturales de tipo estructural (Rosa Gómez, *Las causas de muerte en España, 1981-1985*, CSIC, Documentos de Trabajo, Madrid, 1990)

¹⁰ No vamos a extendernos ahora en analizar las causas de la caída de la natalidad, sobre la que las explicaciones son abundantes. Por señalar algunas fuentes de interés: Salustiano del Campo, 'Tendencias demográficas', en *Tendencias sociales en España 1960-1990*, Tomo I, pp. 31-54, Fundación BBV, Bilbao, 1994; Margarita Delgado y Juan A. Fernández, *La fecundidad en España desde 1975*, Instituto de Geografía, Documento de Trabajo nº 2, Madrid, 1989; F. Muñoz, 'The decline of fertility in Southern Europe', *Population*, 1987, nº 6, pp. 261-290.

mente el volumen de viejos de más edad. Según las proyecciones realizadas a nivel mundial por la ONU, el número de personas de 80 y más años pasará, en España, de menos de 800.000 en 1985 a casi 1,5 millones en el años 2.025. Es decir, no sólo nos enfrentamos a un volumen creciente de población vieja, sino además a un volumen de población más vieja¹¹.

Pero hay otros dos indicadores demográficos que guardan una estrecha relación con la cuestión que nos ocupa. El primero hace referencia a los **cambios en la nupcialidad**, que a lo largo del siglo viene cayendo sistemáticamente en España: en 1900 se celebraban 9 matrimonios por cada mil habitantes; en 1930 la cifra se había reducido a menos de 8, manteniéndose de forma artificial esa tasa debido a la represión franquista hasta 1970; desde entonces ha seguido cayendo hasta poco más de 5,5. ¿Por qué es importante este indicador en relación al tema de la vejez?. Porque nos augura un futuro en el que el porcentaje de viejos que viven solos será muy superior al actual, si no se modifican las actuales tendencias sociales, agudizándose así el problema del aislamiento residencial que se pone de manifiesto en diversos estudios¹².

El segundo al mantenimiento de las tendencias seculares a la **concentración urbana de la población**. Aunque la crisis de las grandes ciudades, económica en los '70, y fiscal en los '80, pareció indicar un decline en las tasas de urbanización, de nuevo las principales ciudades aparecen en todos los datos censales creciendo más rápidamente que los pequeños municipios agro-rurales. Esto tiene dos efectos complementarios: de un lado, la afluencia a las ciudades de mucha población vieja, en búsqueda tanto de mejores servicios médicos y sociales como del abrigo de sus descendientes emigrados; per también, de otra parte, un creciente aislamiento social de los viejos que permanecen en los pueblos que siguen perdiendo población, lo que dispersa el esfuerzo social.

Estrechamente interrelacionadas con las tendencias demográficas expuestas asistimos a diversos cambios sociales, de desigual intensidad pero que es preciso tener en cuenta para prever el futuro de nuestras sociedades envejecidas.

La primera consecuencia de la caída de la natalidad que venimos sufriendo desde hace décadas es que empiezan a faltarnos brazos. A pesar de las apocalípticas previsiones que han menudeado en el inicio de la última revolución tecnológica, la realidad nos muestra que el número absoluto de empleos sigue creciendo en los países desarrollados como tendencia (esto es, no considerando las recesiones cíclicas). Ello, en unión de los cambios culturales, ha conducido por ejemplo a la plena inmersión de las mujeres en el mercado de trabajo,

¹¹ Dos publicaciones de la ONU recogen estas proyecciones: 'World population prospects: estimations and projections as assed in 1984', en **Population Studies**, nº 98 (1986), y *Global estimates and projections of population by sex and by age. The 1984 assesment*, Nueva York, 1987

¹² Puede consultarse sobre este tema: R.Wall, 'Residential isolation of the elderly in contemporary Europe', en E.Grebenik, C.Hohn y R. Mackensen, eds., *Later phases of the family cicle*, Claredon Press, Oxford, 1988; A.B.Wils y D.A.Golf, 'Varieties of independent living', **Genus**, Vol. XLVIII, nº 1-2, 1992, pp. 183-197; J.A.Rodríguez, *Envejecimiento y familia*, Monografías, nº 137, CIS, Madrid, 1994

modificando en profundidad la función que cumplían en la sociedad industrial¹³. Las mujeres ya no se dedican a atender reproducción y supervivencia biológica de la sociedad, atendiendo a los niños, los viejos y los enfermos de las familias, sino que deben ocuparse en otro tipo de actividades, simplemente distintas, fuera del hogar. Esto está provocando dos fenómenos de significación contradictoria: de un lado, la dificultad por parte de las familias nucleares para atender a sus progenitores en la vejez, un fenómeno de importancia creciente; pero a la vez está provocando una *recuperación* del papel de los progenitores como asistentes doméstico de la *familia laboral*, cuando ésta no dispone de recursos económicos suficientes para pagar a empleadas profesionales, o bien cuando la propia cercanía de la familia lo facilita. Este es un factor que está reduciendo la tendencia al aislamiento residencial de los viejos, al menos mientras se mantengan físicamente capaces de atender a los nietos. En la investigación sobre la situación de la mujer que realizamos en 1993 en Extremadura se ponía de manifiesto que el continuum madre/suegra/otra-persona-no-remunerada (generalmente una tía) realiza, salvo en la limpieza de la casa, diversas tareas domésticas en un porcentaje superior al personal remunerado¹⁴.

Por otra parte, la falta de brazos jóvenes, y la oferta de trabajos de mejor calidad para los autóctonos y las autóctonas, conlleva la necesidad ineludible de importar fuerza de trabajo extranjera para desarrollar determinadas tareas. Uno de los sectores para el que la demanda de trabajadoras inmigrantes es mayor en la actualidad¹⁵ es precisamente para el cuidado de ancianos que viven solos lejos de sus descendientes, utilizándose especialmente para ello a inmigrantes de origen latinoamericano, por la comunidad idiomática. Ello implica, en cualquier caso, fuertes choques culturales para los que ni una ni otra parte están preparadas.

El caudal de inmigrantes tiene relación también con otro hecho estrechamente relacionado con el envejecimiento de la población, pero sobre el que no podemos extendernos ahora: los límites del sistema de pensiones. Únicamente la afluencia de población inmigrante va a permitir garantizar a medio plazo el actual sistema público de pensiones.

Por otro lado, el mejor estado de conservaciones que en la actualidad presentan las personas mayores de 65 años, y las limitaciones de los sistemas sociales más desarrollados para suministrar toda la fuerza de trabajo necesaria, contribuye al debate, soterrado pero a la larga ineludible, sobre la extensión de la vida laboral hasta los 70 años.

A la vez, sin embargo, por citar una última tendencia social estrechamente

¹³ Puede verse una sencilla, interesante, sintética y nada sexista (ni masculinista ni feminista) descripción de estos procesos de cambio social en A. Toffler, *La tercera ola*, Plaza y Janés, Barcelona, 1980, pags. 59 y ss.

¹⁴ A. Baigorri, *Mujeres en Extremadura*, Dirección General de la Mujer, Mérida, 1993, pag. 98

¹⁵ Nos basamos en simples observaciones circunstanciales de ofertas de trabajo en los medios de comunicación, no en una investigación sistemática.

relacionada con el tema que nos ocupa. Los actuales jubilados y pensionistas vienen constituyendo una fuerza social de importancia creciente, no sólo cuantitativa sino también cualitativamente (las sucesivas oleadas tienen mayor formación, mejor conservación de las constantes, más capacidad de lucha). Son ya una fuerza de voto esencial en el sistema democrático, habiendo constituido ya en algunos países movimientos sociales importantes, bajo la denominación de *lobos grises*; en 1994 incluso concurren a las elecciones en los Países Bajos, consiguiendo representación parlamentaria propia. Por lo demás, son menos abstencionistas que los jóvenes. Todo ello pienso que está relacionado con el hecho de que determinadas medidas de ajuste del sistema no se planteen explícitamente, para una discusión racional, sino que a menudo se camuflen en el marco de otro tipo de políticas. Más aún, yo he planteado en alguna ocasión, hace años, la hipótesis de que los reajustes derivados de la sobrecarga de un sistema que se resiste a avanzar en la igualdad terminarán *cebándose* en otros colectivos con menos fuerza social que los jubilados: sean los parados, los inmigrantes, las minorías étnicas, u otros colectivos minoritarios como los agricultores.

4. LA SOCIEDAD EXTREMEÑA, UNA SOCIEDAD MÁS ENVEJECIDA, PERO TAMBIÉN MÁS REJUVENECIDA...

Estas tendencias que venimos observando se observan por igual en la sociedad extremeña, pero de una forma mucho más moderada en muchos de los fenómenos considerados, fundamentalmente a causa del retardo sufrido por la región en las últimas décadas. Como se señalado en otras ocasiones respecto de otras cuestiones, como el patrimonio cultural o el medio ambiente, en este caso el desarrollo lento nos sitúa en una cierta posición de ventaja competitiva. Tenemos pueblos habitados y vivos, un volumen notable de familias cuyo esquema responde en mayor medida al de la familia ampliada que al de la familia nuclear, un nivel de integración social bastante aceptable que no ha reducido el status de los viejos tan intensamente como en las zonas más urbanizadas y desarrolladas... y sobre todo tenemos, aunque no sé por cuanto tiempo, unas tasas de fertilidad superiores a la media nacional.

En cualquier caso, tenemos más viejos. El siguiente cuadro muestra la distribución de edades en la población extremeña, en el último censo (no hemos podido preparar una tabla más actualizada, con los censos del Padrón de Habitantes de 1996, más cercano en el tiempo). Observando el cuadro, vemos cómo el peso de la población vieja, especialmente entre los más mayores (85 y más años) es sensiblemente superior en nuestra región. Sin embargo, el mayor volumen relativo de los menores de 10 años en la región hace que la relación de jóvenes menores de 15 años por cada persona de 65 o más años sea unas décimas superior en Extremadura, con 1,35 frente a 1,30.

Más importancia tiene, sin embargo, conocer la evolución cuantitativa de la población de 65 y más años, que nos indica la amplitud del universo sobre el que debemos intervenir. A partir de las proyecciones que el Instituto Nacional de Estadística realizó sobre los datos del Censo de Población de 1991, y de las tendencias en natalidad y mortalidad de los últimos años, podemos mostrar la tendencia creciente a corto plazo.

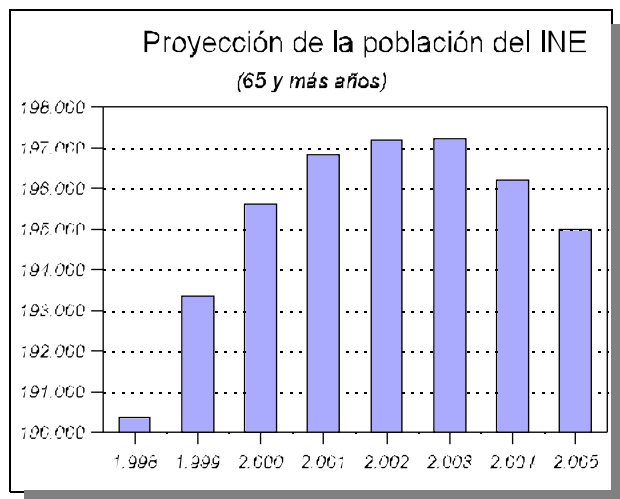
ESTRUCTURA POR EDADY SEXO DE LA POBLACIÓN 1991							
<i>Valores absolutos, porcentajes y diferencia con el total nacional</i>							
	EXTREMADURA			Diferencia con total nacional			
	En valores absolutos			En % del total			
	TOTAL	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
0-4	65.090	33.549	31.541	3.16	2.97	0.51	0.45
5-9	72.657	37.524	35.133	3.53	3.31	0.32	0.25
10-14	81.788	41.642	40.146	3.92	3.78	-0.14	-0.09
15-19	86.457	44.338	42.119	4.18	3.97	-0.22	-0.23
20-24	86.896	44.353	42.543	4.18	4.01	-0.07	-0.07
25-29	85.885	44.005	41.878	4.14	3.94	0.10	0.00
30-34	75.460	39.454	36.006	3.72	3.39	0.02	-0.28
35-39	59.986	31.602	28.384	2.98	2.67	-0.25	-0.55
40-44	54.284	27.926	26.358	2.63	2.48	-0.46	-0.62
45-49	52.133	26.286	25.846	2.48	2.43	-0.33	-0.40
50-54	51.597	25.176	26.421	2.37	2.49	-0.11	-0.11
55-59	65.546	31.892	33.564	3.00	3.16	0.21	0.19
60-64	61.707	30.070	31.637	2.83	2.98	0.25	0.14
65-69	54.933	25.767	29.166	2.43	2.75	0.25	0.20
70-74	39.162	16.494	22.668	1.55	2.13	0.11	0.14
75-79	31.698	12.088	19.610	1.14	1.85	0.08	0.20
80-84	22.594	8.245	14.349	0.78	1.35	0.13	0.20
85 y +	14.071	4.562	9.509	0.43	0.90	0.07	0.10
TOTAL	1.061.852	524.974	536.878	49.44	50.56	0.47	-0.47

Fuente: Consejería de Bienestar Social, Junta de Extremadura

Según esas proyecciones, esa población seguirá creciendo hasta el año 2.003, iniciando a partir de entonces una reducción.

Es decir, en los próximos cuatro veríamos incrementarse el número de ancianos en unos 4.000, para descender en unos 3.000 en los tres años siguientes.

Sin embargo, las proyecciones del INE, incuestionables desde un punto de vista demográfico, creo que no se sostienen, en lo que a la distribución de edades se refiere, en una región como la nuestra, donde la sangría migratoria ha sido tan intensa en las décadas precedentes. La base de los cálculos del INE es-



triba en nuestras reducidas cohortes de edad madura, pero no tiene en cuenta el intenso flujo de retorno que se viene produciendo desde los años '80, especialmente de población jubilada.

Lamentablemente, no disponemos de estudios sociológicos al respecto. Un reciente estudio realizado desde una perspectiva demográfica, a pesar de lo pormenorizado del mismo, atendiendo a las hojas de rectificación del padrón de los municipios extremeños¹⁶, establece conclusiones que no podemos dar por definitivas. Aunque afirman que no se está produciendo el fenómeno del *retorno* de jubilados, no atienden a fuentes complementarias a las del padrón, que no refleja situaciones especiales. Las dos más importantes que habría que considerar serían: a) quienes, aunque han retornado mantienen el empadronamiento en las ciudades en las que residían anteriormente, por razones muy diversas (desde desconocimiento de trámites, hasta razones sanitarias o temor a pérdida de algún subsidio); y b) quienes han realizado un retorno parcial, residiendo largas temporadas en su actual domicilio, que alternan con otros periodos de residencia en el pueblo de origen.

De hecho, estudios realizados con otra finalidad nos han permitido reunir algunos datos que contradicen las conclusiones obtenidas del análisis censal. En una encuesta a una muestra representativa de la población del municipio de Badajoz, realizada en 1995, nos aparecía que el 4,6 % de la población mayor de 16 años (en torno a 4.000 personas) habían sido emigrantes, y retornado en los diez años anteriores. Por otra parte, el 37% de los encuestados que se declaraban jubilados habían sido emigrantes alguna vez.

Por ello parece que éste es precisamente uno de los primeros temas que hay que investigar, por cuanto afecta al sistema sanitario regional y a la planificación de los servicios sociales.

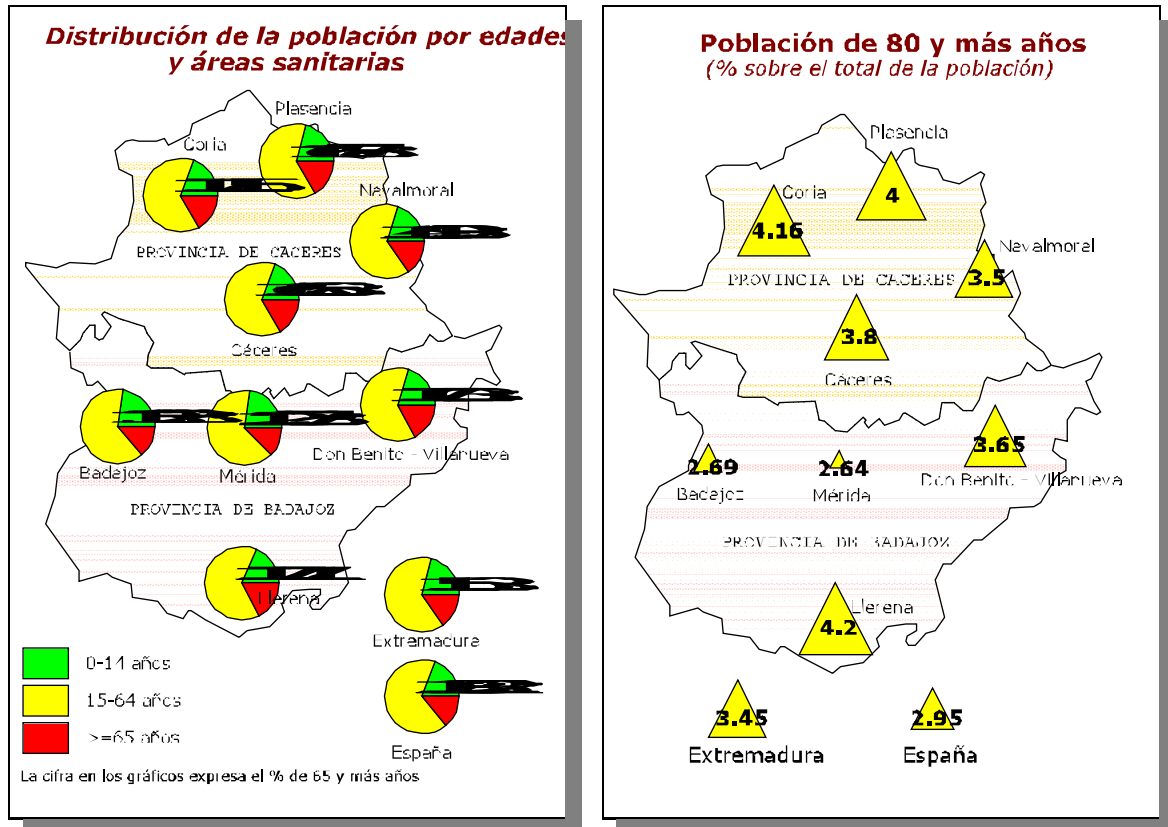
Pero decíamos que Extremadura refleja con mucha más moderación las tendencias sociales a las que hemos hecho referencia. No podemos profundizar mucho más en ello, pero cabe hacer referencia, en este punto, a una cuestión estrechamente relacionada con la planificación de recursos. El hecho de que se hayan conservado en la región habitados la totalidad de los municipios (aunque algunos sean claramente recesivos), frente a lo que ha ocurrido en la mayor parte de las regiones españolas, con niveles de concentración urbana menores, nos presenta un cuadro territorial bien distinto al de otras regiones, en la medida en que los ancianos están regularmente repartidos por todo el territorio.

El siguiente cuadro muestra la distribución de la población de 1991 por edades, para cada una de las zonas sanitarias de Extremadura¹⁷. Como vemos, las mayores tasas de envejecimiento se producen en las zonas más alejadas del

¹⁶ El estudio, realizado por los profesores de Geografía, Antonio Pérez y Gonzalo Barrientos, cubre el periodo 1990-1995 y será publicado próximamente por la Consejería de Bienestar Social. No obstante, pueden verse los principales resultados del mismo en el número monográfico de **Papeles de Economía Española** dedicado en 1998 a la economía extremeña.

¹⁷ Hemos realizado los mapas con los datos elaborados por la Consejería de Bienestar Social

principal corredor de desarrollo de la región, las Vegas del Guadiana. Ello se percibe con más nitidez si cabe en el otro mapa, en el que se recoge el porcentaje de población de 80 y más años, que alcanza o incluso supera el 4% en Plasencia-La Vera-El Jerte, en la zona de Coria-Gata, y en el Sur de la provincia de Badajoz, mientras que en el entorno de las Vegas Bajas del Guadiana es incluso inferior a la media nacional.



Por ello, cuando hablamos del envejecimiento de la región hay que hacerlo con ciertas dosis de relativismo, pues mientras en unas zonas es muy acusado, en otras en modo alguno puede considerarse un problema social. De ello deriva que abundemos todavía más en la necesidad de realizar análisis detallados del fenómeno, no sólo desde una perspectiva demográfica, sino atendiendo a otras muchas variables sociológicas.

5. ¿QUÉ HACER CON UNOS VIEJOS EDUCADOS EN EL ESTADO DEL BIENESTAR, CULTOS, SANOS... Y UN POCO CEGATOS?

Por otra parte, a la hora de plantearnos el futuro a corto plazo hay que atender a esa división entre lo que sería la *tercera edad* tal y como tradicionalmente la

hemos entendido, y una *cuarta edad* en la que la fortaleza física desaparece definitivamente, precipitándose las patologías que dificultan la existencia.

Es un problema importante, a tenor de todo cuanto llevamos expuesto, porque ello debe llevar a la sociedad a plantearse si la *tercera edad* entra dentro de la vejez, o de la madurez activa.

Durante buena parte del siglo XX, la vejez ha estado relacionada con la decadencia, física, mental, social, económica... *Los viejos* eran, esencialmente, un problema, y así se siguieron viendo (sólo que como un problema de magnitud creciente) en las primeras etapas del envejecimiento de las sociedades occidentales¹⁸. El propio temor a la quiebra del sistema de protección es un reflejo de esa preocupación¹⁹. En 1970 el gran demógrafo Alfred Sauvy, pronatalista, advertía que "*un pueblo que envejece corre el peligro de carecer de espíritu de empresa*"²⁰, fuertemente preocupado por el descenso de la natalidad, frente a quienes en esa misma época proponían, "*aún en los países más prósperos, con urgencia el estímulo oficial para el control de nacimientos*"²¹. Todavía hoy se identifica la vejez como una de las tipologías de marginación social en España, confundiendo sin remedio la edad biológica de las personas con su pertenencia a clases o estratos sociales objetivamente marginados. La referencia a los viejos como colectivo indiferenciado es habitual en los informes sobre marginación, utilizando el principio de que "*en nuestras modernas sociedades capitalistas al anciano se le asigna un papel marginal en base a su incapacidad productiva*"²².

Sin embargo, la realidad es que, pasadas las primeras décadas de sorpresa por el fenómeno del envejecimiento masivo, se observa ya cómo *la vejez* se está convirtiendo en una poderosa fuerza social (según hemos señalado, también con un fuerte peso electoral), aún cuando la literatura especializada en la cuestión sigue presentando tintes tremendistas y sobre todo pesimistas. Se acrecienta su prestigio, se recupera su influencia en el entorno familiar, constituye un sector económico en alza. Una encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas a finales de los '80 mostraba cómo, pese a los lamentos literarios, un 86 % de los ancianos españoles se encuentra satisfecho con su entorno familiar y social²³. En una de las más recientes, realizada en 1998, aunque ha descendido el porcentaje de satisfechos, todavía es mayoritario, con un 75%,

¹⁸ Un buen ejemplo de literatura pesimista de la época sobre el tema, y aplicada a España, es Rogeli Duocastella, *Informe sobre la tercera edad*, Fontanella, Barcelona, 1976.

¹⁹ Puede verse un reciente, sintético e interesante análisis de los impactos económicos del envejecimiento demográfico, incluido el debate sobre las pensiones, en N. Vanston, 'The economic impacts of Ageing', **The OECD Observer**, nº 212, Junio/Julio 1998

²⁰ A.Sauvy, *La rebelión de los jóvenes*, Dopesa, Barcelona, 1971, pag. 23

²¹ K.Davis, *La transición demográfica*, en A. & E.Etzioni eds., *Los cambios sociales*, FCE, México, 1968, pag. 179

²² EDIS/Cáritas, *Pobreza y marginación*, Documentación Social, Madrid, 1984, pag. 378

²³ CIS, *Situación social de los viejos en España*, CIS, Madrid, 1990

mostrándose poco satisfechos o claramente insatisfechos tan sólo un 6% de las personas entrevistadas. De su importancia económica es una muestra el hecho de que, en los últimos años, "el sector turístico se ha encontrado con una fuente de ingresos que ha supuesto la recuperación o, cuando menos la supervivencia, de muchas empresas y establecimientos abocados a desaparecer"²⁴. Y sin embargo, el denominado turismo de la tercera edad es sólo un pequeño aspecto de la significación económica de la vejez. Los viejos son considerados uno de los nuevos yacimientos de empleo en todos los análisis de prospectiva de los mercados de trabajo. Y ellos mismos se constituyen de forma creciente en contribuyentes netos a la economía no contabilizada; no sólo ayudando a su familia, sino incorporándose en muchos casos como voluntarios para la realización de labores sociales, asesoría a jóvenes empresarios, etc.

Por eso insisto en hacer una clara distinción entre la *tercera* y la *cuarta edad*, por cuanto las situaciones y problemáticas son diferentes. Lo fundamental es que conozcamos realmente qué ocurre con estas personas, y en qué medida nuestra sociedad está preparada para adaptarse a la nueva situación²⁵.

Pues las necesidades de la tercera edad están más relacionadas con la capacidad de sentirse útiles, y con el ocio, mientras que las de la cuarta edad, esas aproximadamente 35.000 personas de 80 y más años que tenemos en la región, son sensiblemente distintas.

6. VIEJOS, VIEJAS Y POBRES... O LO QUE ES LO MISMO, PERO NO ES IGUAL

No podemos extendernos más; de hecho, ya no le hemos hecho en exceso, por lo que algunos datos (quizás los más interesantes para ustedes) se los adjuntaré en bruto como documentación.

Sin embargo, no quiero terminar sin hacer algunas consideraciones que a menudo, al tratar el tema de la vejez, quedan soslayadas. Y me refiero al hecho de que, en Sociología, los cortes generacionales son muy engañosos, pues a menudo sirven para ocultar (consciente o inconscientemente) las diferencias sociales determinadas por la clase social u otro tipo de agrupaciones más relacionadas con el acceso a los recursos.

Por ejemplo, en bastantes estudios sociológicos se utilizan variables

²⁴ Revista **Dinero**, nº 551, marzo 1994, pag. 30 y ss.

²⁵ Una demógrafa norteamericana ha planteado los problemas que a corto plazo van a plantearse en una sociedad altamente iconográfica que no está preparada para personas con mala visión. Así, la supervivencia de la prensa diaria impresa depende de la población madura y anciana, pues los jóvenes leen poco, se informan por la televisión, y están sustituyendo la escasa prensa escrita que consumen por los boletines de Internet. Sin embargo, la tipografía de la prensa escrita, como la de tantas otras fuentes de información, no está diseñada para personas en proceso de pérdida de visión (P.Braus, 'Vision in An Aging America', **American Demographics**, Junio 1995. Puede verse en http://www.demographics.com/Publications/AD/95_AD/9506_AD/AD761.htm

psicológicas, unidas a las de edad o género, para analizar la situación de los viejos. Sin embargo, en sí misma no nos dicen mucho. Por ejemplo, si decimos como se dice en algunos trabajos que *"el sentimiento soledad es la variable que muestra mayor asociación con la salud"*²⁶, no está claro si estamos ocultando inconscientemente el hecho de que la salud de los viejos guarda una correlación bastante más directa con otros dos factores: la calidad de la vida que han llevado (por más que la entendamos en un sentido holista), y la capacidad de acceso a ciertos recursos como una vivienda de calidad, ayuda domiciliaria, alimentos de calidad, medicinas, etc.

De hecho, la soledad no siempre es percibida como un problema. En una reciente encuesta del CIS, de febrero de 1998, el 56 % de los que viven solos se mostraban satisfechos o muy satisfechos por esa situación; tan sólo un 29% se mostraba insatisfecho o muy insatisfecho con su soledad. De hecho, en términos de sentirse, tan sólo un 12 % se siente solo. Me gustaría poder conocer el resto de variables sociológicas que caracterizan a ese 12% que se siente solo.

Quiero decir con ello, y con esto termino, que nos enfrentamos a dos problemas de orden muy diversa. En primera lugar, un problema de adaptación de las estructuras sociales a una estructura demográfica más extensa (yo empiezo a dudar de que el término *más envejecida* sea el más apropiado, dado el excelente estado de salud, hoy por hoy, de nuestra población de entre 65 y 75 años). Y en segundo lugar, un problema derivado del hecho de que los pobres, los grupos sociales más débiles, los marginados, ya no se mueren por el camino. Los problemas son muy distintos, y requieren soluciones no menos diversas.

En cualquier caso, respecto a la sociedad extremeña, debemos plantearnos una última pregunta: ¿realmente conocemos la situación de nuestros viejos?. ¿Sabemos siquiera cuántos son, dónde están realmente, cómo viven o sobreviven, cuales son sus necesidades y cuales son sus capacidades de aportar a la propia sociedad?. Creo que ese conocimiento debiera ser el primer objetivo, para no errar en las políticas futuras.

²⁶ María Teresa Bazo, 'Personas ancianas. Salud y soledad', *Revista Española de Investigación Sociológica (REIS)*, nº 47, 1989, pp.193-223